

ventajas la cobardía que podia inspirarnos la desconfianza en nosotros mismos.

¡O mi Dios, y qué poco he conocido hasta aquí en qué consiste la verdadera prudencia y la fuerza de un cristiano! Si, dulce Salvador mio, confieso que he contado con mis propias fuerzas mas de lo que debiera; pero con vuestra gracia yo me aprovecharé bien de este conocimiento de mi falta; y desconfiando de mí mismo, de hoy en adelante pondré en solo vos toda mi confianza.

JACULATORIAS. — Maldito es el hombre que pone su confianza en otro hombre, y que fia á su carne la fuerza de su brazo. (*Jerem. 17.*)

Bendito es aquel que confía en Dios, siendo el Señor toda su confianza. (*Jerem. 17.*)

PROPOSITOS.

1. El hombre no es mas que miseria: del fondo mismo de nuestro corazon nacen el error, la oscuridad y las tinieblas. Ni aun la razon siquiera está libre, porque las pasiones la ciegan y la arrastran. Sanson pierde juntamente con su fuerza la libertad y los ojos. Tan poco advertidos como él, decimos con demasiada confianza en nuestras propias fuerzas: *Egrediar et me excutiam.* (*Judith 16.*) Sabré lograr mis intentos por mi habilidad y por mi industria: saldré con esta idea, llevaré al cabo tal proyecto, concluiré felizmente tal negocio, y yo mismo me fabricaré mi fortuna. Con esta vana confianza se aplican los medios, se hacen los mayores esfuerzos, se ponen en movimiento todas las máquinas, todos los artificios; y al cabo, ¿qué es lo que se consigue? verse lastimosamente sepultado entre sus ruinas. Así se complace Dios, por decirlo así, en confundir nuestra ambicion. Aprovéchate de estas reflexiones, y en adelante no atribuyas el mal suceso de tus negocios y pretensiones, ni á la multitud de concurrentes, ni á la malicia de los envidiosos, ni á la emulacion, interés, ó mala fe de los que desbaratan tus medidas: el verdadero origen de tu desgracia es esa prudencia puramente humana, esa frivola confianza, ese brazo de carne en que te fias. Gobiérnate en lo sucesivo por mejores principios, y edifica sobre mas sólidos cimientos. Nunca emprendas cosa sino confiado en la asistencia del cielo. Haz poco caso ó ninguno de tu industria, de tu poder y de tu crédito, teniendo presente aquel oráculo: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum labora-*

verunt qui edificant eam. (*Psalm. 126.*) Si el Señor no toma de su cuenta este negocio, esta empresa; si él mismo no levanta mi casa, inútiles son todos los esfuerzos de cuantos se empeñan en levantarla. En vano velamos nosotros, si el Señor no vela. Debemos, decia nuestro padre S. Ignacio, tener en Dios una confianza tan perfecta, como si él solo, sin concurso nuestro, hubiera de hacer todas nuestras obras; y debemos nosotros aplicarnos á ellas con tanto cuidado, como si nosotros solos las hubiéramos de hacer sin concurso suyo.

2. No basta desconfiar de nuestras fuerzas y de nuestra industria: es necesario proceder como hombres que todo lo esperan de Dios. Primero: Nunca emprendas cosa alguna sino por motivos verdaderamente cristianos. La gloria de Dios y nuestra salvacion deben ser el principal objeto de todas nuestras empresas. Si Dios no tiene parte en el fin, tampoco la tendrá en los medios. Segundo: Antes de dar principio á ese pleito, de entrar en ese negocio, de empeñarte en esa pretension, vete á una iglesia, póstrate á los pies de Cristo crucificado, lleno de fe y de confianza en su bondad, ofrécele y encomiéndale lo que piensas emprender, pidiéndole te asista para salir bien de lo que intentas, si ha de ser para mayor gloria suya y provecho de tu alma. Vuélvete á la Santísima Virgen, é implora tambien su proteccion. La antifona *Sub tuum præsidium*, y la *Salve*, que repite la Iglesia tantas veces, son admirables oraciones para dar feliz principio á todas nuestras obras. Tercero: Confiesa y comulga con el mismo fin; porque siempre se consiguen los auxilios necesarios cuando se recurre á la fuente de las gracias. Cuarto: Pide á otros que encomienden á Dios el buen suceso, y haz decir algunas misas; porque ninguna cosa mueve mas á Dios que el sacrificio de esta victima incruenta. Quinto: Interesa en tu pretension ó en tu negocio á los santos ángeles, particularmente al santo ángel de tu guarda, cuya devocion es una de las mas importantes y de las mas eficaces para todo. Y no nos hemos de contentar con recurrir á esos medios espirituales solamente en el principio de nuestras empresas, sino que debemos repetirlos muchas veces en el curso de la negociacion ó de la obra.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CALIXTO, CARICIO Y OTROS SIETE, en Corinto, los cuales fueron ahogados en el mar.

EL TRÁNSITO DE DIEZ Y OCHO SANTOS MÁRTIRES OPTATO, LUPERCO, SUCESO, MARCIAL, URBANO, JULIA, QUINTILIANO, PUBLIO, FRONTON, FELIX, CECILIANO, EVENCIO, PRIMITIVO, APODEMIO, Y OTROS CUATRO QUE SE DICE LLAMARSE SATURNINOS, en Zaragoza de España. Todos estos fueron juntamente atormentados y martirizados por mandato de Daciano, presidente de España; y cuyo esclarecido triunfo cantó dulcemente Prudencio. (*Su historia va unida con la de Santa Engracia en este día.*)

SANTA ENGRACIA, virgen y mártir, en la misma ciudad de Zaragoza, la cual con el cuerpo descarnado, con un pecho cortado, y con el hígado arrancado de las entrañas, permaneciendo aun viva fué encerrada en una prision, en donde la dejaron hasta que su cuerpo llagado se acabó de pudrir. (*Véase su historia en las de este día.*)

LOS SANTOS CAYO Y CREMENCIO, en la misma ciudad, los cuales llevados segunda vez al tribunal, y perseverando constantes en confesar la fe de Jesucristo, gustaron el cáliz del martirio.

SAN LAMBERTO, mártir, en la misma ciudad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTO TORIBIO, obispo de Astorga en Palencia, el cual con la ayuda de S. Leon papa, estirpó enteramente de España la herejia de Prisciliano, y esclarecido en milagros murió en el Señor. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN FRUCTUOSO, obispo, en Braga de Portugal. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN PATERNO, obispo de Abranches en Normandia, en el mismo día.

SAN DROGON, confesor, en Valenciennes de Flandes.

SAN JOAQUIN, del orden de los Siervos de la beatísima Virgen Maria, en Sena, ciudad de Toscana. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS DIEZ Y OCHO SANTOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

ESPAÑA, reino fértil, no solo por las producciones naturales que en él admiran los historiadores, sino por los insignes mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus límites á la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los Mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos en el libro de la vida; entre los cuales son dignos de memoria los diez y ocho santos compañeros en el memorable triunfo que juntamente con Sta. Engracia consiguieron de los enemigos de la religion cristiana.

Daciano despues que privó á los fieles de Zaragoza de la presencia y de las santas exhortaciones del obispo Valerio y de su diácono Vicente (*véase su historia en el día 28 de enero*); no contento con perseguir á los sacerdotes y rectores de las iglesias, trató ya de hartar su crueldad con la sangre de los demás fieles.

Pareciale que iria mas bien ordenada su persecucion, si comenzando su matanza por los nobles, cerraba enteramente al bajo pueblo la puerta de la benignidad. Prendió pues hasta diez y ocho varones á los cuales llamó Prudencio *candido coro de la primera nobleza*, cuya constancia en la fe tentó desde luego, diciendo que si no renegaban de ella, los mandaria martirizar. Los siervos del Señor despreciaron las amenazas del perseguidor, y con gran libertad confesaron á nuestro Señor Jesucristo, diciendo, que la vida que habian recibido de Dios, darian por su amor de muy buena gana. Y de hecho fué así, que cada uno de ellos peleó con ánimo invencible hasta dar la vida por Cristo, siendo degollados en tal dia como hoy, por los años 303, en la persecucion de Diocleciano y Maximiano. Fué este un ejemplo de gran fruto para los fieles de aquella ciudad, los cuales procuraron recoger los sagrados cadáveres y depositarlos en lugar decente. Sus reliquias han sido veneradas en todos los siglos. Propagóse su culto hasta Francia, y rezábase de ellos algunos siglos ha en el obispado Belovacense. S. Eugenio III, arzobispo de Toledo, huyó de su iglesia donde servia en el ministerio clerical, como dice S. Ildefonso, por vivir junto á las reliquias de los mártires Cesaraugustanos, y allí se mantuvo hasta que lo arrancaron para que fuese obispo. Los nombres de estos santos como los pone Prudencio, son OPTATO, LUPERCO, SUCESO, MARCIAL, URBANO, JULIA, QUINTILIANO, PUBLIO, FRONTON, FELIX, CECILIANO, EVENCIO, PRIMITIVO y APODEMIO, y otros cuatro que Prudencio y el Martirologio romano llaman SATURNINOS, lo cual dió motivo á que algunos creyesen que no tuvieron nombres propios. Pero se hallan espresados por S. Eugenio III en el epigrama que hizo en su alabanza, y son CASIANO, MATUTINO, FAUSTO Y JANUARIO. En el dia se tiene ya por indudable que todos estos Mártires fueron naturales de Zaragoza.

Diéronles sepultura en el campo, conforme á las leyes de Diocleciano y Maximiano, que no consentian enterrar á nadie dentro los muros de las ciudades. Allí estuvieron sin culto publico hasta que restituida la paz á la Iglesia, por los años 312, fueron colocados en una capilla subterránea que se edificó en el mismo sitio llamada de las SANTAS MASAS, donde permanecieron ocultos durante la persecucion. Todos ellos fueron colocados en un sepulcro, á escepcion de Lupercio ó Luperco, que fué puesto en una division del sepulcro de Sta. Engracia. (*Véase la historia del martirio de esta Santa que sigue.*)

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MÁRTIR DE ZARAGOZA.

EL furor del presidente Daciano en perseguir á los cristianos de España no satisfecho con la victoria que de su crueldad acababan de alcanzar los DIEZ Y OCHO MÁRTIRES de quienes hemos hablado hoy, trató de ostentar su gran poder y la fiera de su condicion con una tierna doncella llamada Engracia y tambien Encratis. Algunos escritores la hacen natural de Portugal, provincia entonces de España, é hija de un régulo, añadiendo que padeció el martirio en Zaragoza de camino para el Rosellon, enviada por su padre á desposarse con el duque ó capitán de aquella frontera, acompañada de diez y ocho deudos suyos todos cristianos. Otros la estiman nacida en la misma ciudad de Zaragoza con los de su comitiva, cuya opinion en el dia es tenida de muchos por cosa averiguada. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no asustando á Engracia la crueldad del inhumano Daciano, y encendido su corazon en vivísimos deseos de derramar la sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel, para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia; y habiendo alentado á sus diez y ocho compañeros, á que diesen testimonio de la fe que profesaban, se presentó animosamente nuestra Santa al tirano, y le habló en estos términos: «¿Porqué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los cielos, y atormentas con tanta crueldad á los que le dan culto? ¿Porqué tú y tus emperadores persiguen por todo el mundo tan injustamente á los cristianos, por defender á los idolos, que son unas vanas estatuas donde habitan los demonios?»

Asombrado quedó Daciano al oír tan inesperada reprension, y mas admirado al ver el espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses imperiales, de manera que titubeó algunos instantes si usaria de alguna cortesía con una dama de distincion; con todo, pudiendo en él mas su brutal condicion, arrebatado de un extraordinario coraje, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente, y arrastrarla en seguida como á blasfema por toda la ciudad, atada á la cola de un caballo, acompañada de los suyos, persuadiéndose que éstos aterrados á vista de aquel horrible castigo, desertarian de la fe por no padecer igual martirio. En el templo de la Santa se conserva todavia la columna donde fué azotada.

Viendo el cruel Daciano que de nada sirvió aquella invencion para intimidar á Engracia ni á su santa comitiva, quiso entonces

seducirla con halagos y blanduras; mas la Santa al oír con horror sus falaces persuasiones, le respondió: «Tú, sacrilego, enséñate á tí mismo los falsos dogmas, pero no á mí, á quien ni tus blanduras convencen ni tus tormentos aterrorizan. Sabe que soy enviada por mi Señor Jesucristo á reprender tus enormes delitos, de los que es preciso que te abstengas, si temes como debes la ira de Dios, que ya conozco preparada para descargar sobre tí.»

Ofendido Daciano de la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió orden á los verdugos de que empleasen en el cuerpo de la Santa los mas terribles tormentos, á fin de vengar cumplidamente el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales: acometiéronla como lobos carniceros y dislocaron todos sus miembros; luego, segun testimonia Prudencio que lo vió, fué despedazada con garfios hasta que todo su cuerpo fué hecho una carnicería, le cortaron el pecho izquierdo, viéndose las telas del corazon, y asido de las uñas de hierro salió un pedazo del hígado. Engracia en medio de tantos tormentos, constante en su propósito, perseveraba con semblante alegre en la confesion de Cristo, de manera que hasta los mismos gentiles confesaban que no era posible tal fortaleza, sin algun milagro. Viendo Daciano que la flaqueza de una pobre mujer tenia el pié sobre su poderío, apurado todo el sufrimiento, mandó que la dejasen asi con sus llagas, á fin de que el dolor prolongado hiciese mas cruel su martirio. Al efecto dispuso que la cubriesen de la cabeza á los pies con una túnica larga, la cual bañada toda de la sangre que manaba de las heridas se guardaba en tiempo de S. Eugenio III, arzobispo de Toledo, como testimonio de lo mucho que Engracia habia padecido.

De esta suerte vivió nuestra santa mártir, conservándose frescas sus llagas: los dolores muy intensos y agudos que padeció, no hay lengua que los pueda explicar: de modo, que, como dice Prudencio, mayor martirio fué el dilatarle la muerte que el dársela; porque vivía con una muerte viva, y cada hora y cada instante revivían y se aumentaban sus dolores. No obstante, el gozo con que llevaba las penas de este nuevo martirio, servían de confusion á Daciano, y á los fieles de estímulo para dar la vida por la misma causa, si fuese menester.

Finalmente mandó Daciano que le hincasen un clavo en la frente, de lo cual es prueba el agujero que se ve en la cabeza de la Santa; y en su templo se venera el clavo ensangrentado que se asegura ser el mismo que la atormentó. Pensó el tirano acabar así de una vez con la que tan visiblemente convencia la impotencia de los falsos dioses; mas como no bastase tampoco esta

nueva atrocidad para quitarla la vida, avergonzado por fin de verse vencido por una tierna doncella, ordenó á los verdugos que desistiesen de atormentarla. Refiere Prudencio que aun sobrevivió Engracia algun tiempo á su martirio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio para mayor confusion de los enemigos de la religion y recomendacion del poder del verdadero Dios que adoran los cristianos. A lo que se siguió su felicísimo tránsito en la cárcel, en el dia 16 de abril, por los años 303, juntamente con el de sus diez y ocho compañeros á quienes el tirano mandó degollar fuera de la ciudad, segun queda referido.

El cuerpo de Sta. Engracia sepultó un S. Prudencio ó Prudente, obispo de Tarazona, que fué á Zaragoza á socorrer aquella Iglesia afligida por la ausencia de S. Valerio, con grande y milagroso acompañamiento de ángeles, que bajaron del cielo á honrar el glorioso triunfo de esta valerosa heroína de nuestra santa religion.

Despues que gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los Godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterránea, llamada de las SARTAS MASAS, sobre la cual edificó S. Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de Sta. Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultaron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos hasta el año de 1389, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo, se hallaron en la escavacion de los cimientos en un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de Sta. Engracia; y otro con la de S. Luperco: y en otro sepulcro de mármol las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la Santa, cuyos huesos se vieron integros de color de rosa, despidiendo un fragrantísimo olor.

Habiendo conseguido D. Juan el II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, casi perdida, en el año 1459 por la intercesion de la Santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido de este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos Jerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo hizo su hijo D. Fernando el Católico, concluida la guerra de Granada, y dotó con magnificencia su biznieto Carlos V, el Emperador. (*Véase los innumerables mártires de Zaragoza en el dia 3 de noviembre.*)